

Semana Santa
Guadalcanal 1987



PREGÓN
SEMANA SANTA
GUADALCANAL
AÑO 1987

PEDRO PORRAS IBÁÑEZ

PRESENTACIÓN DEL PREGONERO
DON ENRIQUE CORONA GALLARDO
(Séptimo Pregonero de Guadalcanal)

Queridos hermanos:

Me cabe el alto honor de volver a esta tierra de vientos y aguas, de sol y paces, de perpetua armonía entre los hombres y el cielo, tan dulcemente azul y mágico.

Vivir con vosotros los preludios de la Semana Santa. Tan honda en contenido, tan sentida por vosotros, tan bella e incomparable.

Subir de nuevo a esta tribuna. Ponerme frente a los que amo y distingo. Gozar de vuestra presencia y llenarme de toda y cuanta ilusión soy capaz.

Y pleno de todas las armonías precisas, presentaros al pregonero de este año, mi muy ilustre amigo D. Pedro Porras Ibáñez.

Guadalcanal es patria de hijos ilustres. Uno de ellos el dilecto D. Pedro, amante de todas vuestras inigualables bellezas, pregonador a boca llena de todos sus bellísimos rincones y ancestros, permanente y atento espectador de todas vuestras alegrías y uno de los pocos hombres que han vivido con fe todos los momentos felices de la Semana Santa en no pocas y diversas etapas.

Él, nos hará sentir el alfilerazo de los recuerdos y la llama de la esperanza. Contará cosas, hechos y acaeceres lejanos e íntimos y nos pondrá a nuestro alcance y para la historia los Sergas de esta sin par Guadalcanal.

Aquí y ahora todos somos los fieles prestos a renovarnos en el amor a Cristo. Yo, el más humilde de todos, pido a la Virgen de Guaditoca, nuestra patrona, ilumine a D. Pedro para que nos proporcione el goce Santo de esa nueva y mejor vida, cuyo fundamento es la Cruz.

Agradezco a las hermandades y al Sr. Cura párroco esta notabilísima distinción de ser el presentador y me honro al dejaros con la voz y la dimensión del por siempre admirado por mi D. Pedro Porras.

Suyo es el micrófono y nuestra la atención.



HABLA EL PREGONERO

Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Sólo Dios basta.

Con estas confortadoras palabras de la Santa de Ávila, comienza a andar vuestro pregonero de hoy, este camino, no fácil para él, de pregonar. Porque son ya tres, de los siete que le han precedido en el uso de esta honrosa tribuna, los que tienen a Dios, tras su busca. Son ya tres a los que nada les falta. Son ya tres a los que sólo Dios basta. Porque... ¡decidme! ¿Es qué desde esta tribuna se puede aspirar a otra cosa que no sea al amor de Dios?

¡Escuchadme los que queráis! Ya no les tenemos. Ya tenemos abiertas las heridas de sus ausencias; y, por la proximidad mayor, la llaga lacerante de no

encontrar ya al último que se nos ausentó, casi ayer, por designio de la Providencia. Pero si a ellos nada le falta, porque tienen a Dios, cada uno de nosotros, acallando el dolor egoísta de las ausencias, tendrá conformidad si, paciente, proclama, remedando al poeta de alma conturbada y viuda:

Por tu Bondad y tu Amor
Porque lo mandas y quieres
Porque es tuyo NUESTRO dolor
Bendita sea Señor
La mano con que NOS hieres.

Esta piadosa consideración, hermanos del alma, es la primera zancada de mi Pregón, pronto a suprimir ceremonial impropio de lo religioso, más sin que esta supresión llegue a alcanzar, claro es, a las ricas acepciones de la palabra "gracias", las que doy a D. ENRIQUE CORONA GALLARDO, por su afecto en la presentación que acaba de hacer, y a los que os acomodáis en torno a esta tribuna haciéndome la mejor compañía.

CAPITULO I

GUADALCANAL, cualesquiera que sean los túneles o los puntos de su acceso, se aparecerá resplandeciente de blanco, de limpio, como si, en todo tiempo, sus calles y sus fachadas estuvieren en los días Santos del año. Semeja que todo él está hecho para camino pasional de Cristo, en permanente recuerdo.

Ese Berrocal Chico -"Berrocalchico", en guadalcanelense-, ¿no es, acaso, uno de los caminos hacia el Monte Calvario?

Ese Altozano Bazán, ¿no es, quizás, una de las calles de Jerusalén?

Ese montículo de Santa Ana, ¿no es, tal vez, el Monte Sión, el barrio del Sumo Sacerdote?

Esa calle de Carretas, ¿no es -si a mano viene- la de la Amargura?

Y, en fin, ese huerto de la Florida -almazara y olivar próximo al poblado-, ¿no es, por ventura, el de Getsemaní?

Es que, señores, el contorno esplendoroso del terreno urbano y suburbial de Guadalcanal se acomoda bellamente a cuanto es conmemoración de todo el acontecer que llevó en sí la redención de Cristo.

Decidme, si no, si esa subida desde los llanos de La Mata de la Orden ("matalaorden", en guadalcanelense), no es camino de Jericó, donde BARTIMEO, el hijo de Timeo, el mendigo ciego, recobra la vista, para ver, confuso, la entrada triunfal y la muerte de Jesús.

Decidme, si no, si ese acceso por San Francisco no es el lugar evangélico donde Pedro sigue de lejos a Jesús conducido y llevado preso, para después negarle y llorar amargamente.

Decidme, si no, si ese terruño del Venerito no es el del encuentro del padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, con los que le obligaron a llevar con Jesús la cruz.

Ciertamente, estas figuraciones pueden ser, y acaso sean, hijas de la ceguera amorosa -el cariño es ciego- de quien os habla por la tierra que le vio nacer. Son, pues, cuando menos, disculpables.

Sin embargo, también es cierto que tales figuraciones no encierran exageración, puesto que no hay tanta diferencia entre palmo y palmo de tierra comparada, sobre todo en lo panorámico.

Mas, aunque así no fuera, el cariño extremo a GUADALCANAL nos salvaría. Os digo, con prestadas pero ciertas palabras que "este Pregón es como ganarme un poco la nacencia; mi madre me parió aquí y aquí me hizo cofrade y yo, en dolores de propio parto pregonero, me nazco un poco ahora en mi Guadalcanal".

CAPITULO II

Antes de seguir, el Pregonero se va a permitir la licencia de levantar la losa que cubre las vivencias de los que partieron, no ahora, de entre nosotros y están, Señor, contigo; de los que, rectores de sus Cofradías, a ellas dedicaron jirones de su existencia, y, dejadme que por todos ellos, os hable de uno muy en particular: **EZEQUIEL RIUS GORDON.**

Regidor permanente de la Hermandad de la Santa Vera-Cruz, en guadalcanalense, Hermandad de la Cruz.

Le veo, infatigable, organizando -fijaos bien- con su exclusivo esfuerzo y su envidiable entusiasmo, tres desfiles procesionales de nuestra Semana Santa de ayer: el de la Oración del Huerto; el del Prendimiento; y el de la Flagelación. Y, además, el de la Cruz, en su día de Mayo; día este muy señalado de la Cofradía, porque en él se llevaba a cabo el "refresco" de ella, o sea, la Junta de Hermanos -por cierto, gobernada por él con simpática autocracia-, rematada con bebida y dulce.

Y me preguntaréis: ¿Por qué éste y no otro de los muchos buenos y fervorosos hermanos de nuestras Cofradías?

Dicho va ya mismo.

Nadie le aventajaba en diligencia servicial hacia Cristo en imagen de azotado, momento sublime de la Pasión del Señor captado, con excelencia, por la gubia de

Jerónimo Hernández en arrobadora talla perdida en nuestra lucha. No. No había quien le aventajase en este su grande amor a Cristo. A Él dedicaba sus mismos ornamentales: trono de caoba y oro, túnica carmesí, con bordados también de oro, para el Prendimiento; columna plateada de bella orfebrería, para la Flagelación...

Pero, ¿y a la Virgen? ¿Con qué cuido a Ella se destacó de los demás?

Lo voy a recordar.

Llevó al desfile de su Hermandad la insignia sevillanísima de la concepción sin mancha de María: el "Simpecado".

¡Cuánto tuvo que haberle agradecido a la Madre de Dios!

Porque somos sevillanos. Porque Sevilla, desde siempre, se esforzó en la defensa de la concepción inmaculada. Y, en fin, porque en este vergel, que es nuestro GUADALCANAL, fue él el primero y único en su proclamación procesional.

Hubieron de reconocérselo en el cielo, y, en llegando a él, avisarían los ángeles: "Señora, aquí llega quien supo y quiso proclamar por las calles de su pueblo Tu Inmaculada Concepción; aquí llega, Señora, un cofrade incansable de GUADALCANAL".

CAPITULO III

Nos lo ha dicho Santa Teresa: todo se pasa.

Y se pasa y cambia todo sin darnos mucha cuenta. Pero es lo cierto que nuestra vida es un constante cambio.

Cambia nuestra presencia física.

Cambia nuestro entorno familiar y nuestro amigo.

Cambia la configuración de la calle y de la casa.

Cambia el horario de nuestra existencia, con adelanto y retraso peseteros, por cierto.

Cambia lo que era día festivo.

Cambia lo ostentoso de nuestras fiestas.

Cambia, en fin, el contenido de la festividad religiosa.

Y así:

Ya no es la primicia de nuestra Semana Santa la llegada al pueblo de los "santos" de San Benito, traídos desde la Ermita de este nombre, en la tarde del Domingo de Ramos.

Ya, en nuestra Semana Mayor, echamos a faltar los desfiles de los Misterios de la Oración del Huerto y del Prendimiento.

Ya se nos fue el sermón de las Tres Horas; como se nos ha ido la presencia en la calle de María Magdalena, y las melodías del "Christus factum est" y del "Stabat mater", con ruido de matraca, en las salidas y entradas en los templos.

Y. por qué no decirlo, ya no hace falta quien cante la Verónica.

Ya no se oye -lo acabamos de decir- el ruido de la matraca; de esa matraca que permanece ahí colgada en la torre de la Iglesia de Santa María, ruido que sustituía al de las campanas, enmudecidas, antes, desde el beso traidor hasta el "gloria" de la Resurrección.

En fin, piadosa costumbre -¡acordaos!- era oír, durante el Sermón de Jesús, desaparecido de la madrugada del Viernes Santo, la Sentencia de Pilato y la voz del Ángel.

En verdad que los nuevos tiempos nos han traído nuevas Cofradías; horarios e itinerarios distintos; salidas de otras Iglesias; e, incluso también el tiempo, afectó al horario y al mismo ritual de los Oficios Divinos.

No obstante, la nostalgia de todo cuanto se nos fue, no debe ser bastante para rechazar, sin más, cuanto nos llega de nuevo: a menos que lo nuevo no sea de recibo, lo que, como sabéis, no ha lugar. Hasta ahora todo lo llegado ha engrandecido nuestra Semana Mayor.

CAPITULO IV

Pilato, por el silencio de Jesús a su pregunta "¿Qué es la verdad?", da ocasión a que los hombres aprendan que la verdad es patrimonio de Dios.

María Magdalena, con su agasajo de perfume al Señor en vaso de alabastro, mueve a Dios a proclamar, para que lo aprendamos, que siempre habrá pobres y que por la permanente pobreza Él llama a los ricos, radicando en la respuesta de éstos -si son generosos o no con sus bienes- la salvación o condena de ellos. Respuesta no fácil y salvación dificultosa. Pero esto no es persecución de Él a los ricos. Recordemos -y ello tiene su importancia- que la Cena Pascual se celebra en la casa de una familia acomodada.

Atrae -no me lo negaréis- este hecho de la mujer de Magdala.

De otro lado, el saber la relación que hubo entre la pecadora arrepentida y la Madre de Jesús entra en el ánimo de quien tropieza con vidas tan dispares.

Debo a un clérigo la narración de cómo fue el encuentro, por ella buscado, con la Madre de Jesús.

Desde una de las casas de Nazaret -se nos dice- vio salir a la calle una mujer con una cesta de ropa apoyada en la cadera. La saludó. Le respondió al saludo y le preguntó si podía servirle en algo. Cuando le contestó que ella era la Madre de Jesús, desde la puerta abierta de la casa, oyeron gritar: María, ven un momento. María se acercó a la que grita y sólo escucha, a la que hablaba y hablaba, nerviosa, descompuesta. Es que sabía quien era y estaba previniendo a María para que se alejara de la fulana indeseable. No lo consiguió. ¿Cómo te llamas? María. Lo mismo que yo. Sí, lo mismo. Pero somos muy distintas la dos... A mi me llaman María de Magdala o María Magdalena. Sí. María de Magdala; tú no has oído nunca este nombre, pero suena muy mal en las orillas del Lago. Es el nombre de una pecadora pública. Ya te lo adelantó hace un momento la mujer de la casa que quiso apartarte de mí. Habían llegado, entretanto, al lavadero público en el que había dos mujeres en plena faena que levantaron la cabeza para ver quiénes eran las recién llegadas y al reconocer a María de Magdala, fruncieron la frente, se miraron entre sí, recogieron a toda prisa sus cosas y se marcharon indignadas como si con la presencia de la pecadora se hubiera emponzoñado el agua antes pura y cristalina, del lavadero, lo que hizo a la pecadora llorar y que María le consolase: "si ellas se han ido se queda contigo la Madre de Jesús y las dos solas podemos charlar más a gusto". Y charlaron. Y así comprobó que María supera a todos los sacerdotes en la ciencia difícilísima de saber escuchar los pecados ajenos. En el lavadero, la misma agua, cristalina y fresca, del mismo manantial, fluía gozosa entre las manos inmaculadas de la Madre de Jesús y las manos prostituidas de María de Magdala. De esa María de Magdala que, en nuestra Semana Santa, ya no sigue a Nuestro Padre Jesús Nazareno -¡que no Padre Jesús!- Iba detrás en su paso al de Él. Era el de la Santa un paso muy sencillo: en parihuela de guizque (yisque en Guadalcanalense) en muy modesto trono sobre el que iba colocada la imagen de la Santa con el exclusivo exorno de dos candelabros; pero, eso sí, vestía una rica túnica de terciopelo morado bordada en oro con preciado cíngulo amarillo, túnica que en nuestros días luce, como saya, María de la Amargura.

Tampoco, cofrades de Guadalcanal, puede llegar hoy a nuestros ojos el atuendo morado, realzado con luz de mediodía, de las Santas Mujeres y del Discípulo Amado, junto a la hoy solitaria Crucifixión.

María de Magdala, ya no está en nuestro paso de Cristo Crucificado, ni, con su pomo de perfume en la mano, va detrás del Nazareno, cuando el grupo de las Santas Mujeres es la de mayor fuerza atrayente.

CAPITULO V

Verdad es que la Santa de Magdala, de haber llegado su Imagen a hoy, no seguiría a aquel padre de Alejandro y de Rufo;

- a aquel hombre de Cirene llamado Simón, de complexión fuerte, que venía del campo, arremangado los brazos y el pantalón, y, aún erguido por recién abrazado a la Cruz del Señor, de ojos pequeños, bigote, barba y corta melena;
- a aquel Cirineo de mirada vivaz, pero imprecisa, de elegante ropaje campesino con reluciente cinturón;
- a aquel Cirineo de botas altas y como asustado por lo imprevisto del requerimiento que se le hace.

Ésta que os digo era su figura.

Fue una talla de Simón de Cirene que un año y otro, sin faltar uno sólo, encontró camino de la Plaza, andada toda la calleja de la Herrería, o en la nave parroquial de San Sebastián si llovía, una compasiva mujer que, a nivel del Divino Caminar de Jesús, en copla cadenciosa, le habla a Él conmovida: ¡DONDE ASI, JESUS DIVINO, CAMINA SU MAJESTAD...! Todas las tallas conocidas del de Cirene reflejan el acatamiento sumiso a la ayuda que se le pide y en todas camina embebido en ella. Éste no fue así. En su caminar lento miraba con cierto asombro a la Mujer Verónica, y porque no la iba a encontrar ni en la Plaza ni en el Templo - pensamos- se dejó destruir.

Hoy, de habernos llegado su imagen, la Santa de Magdala seguiría a ese padre de Alejandro y de Rufo, a ese hombre de Cirene, encorvado ya por el cansancio, que contemplamos cada Viernes Santo.

En exposición abierta esta Cuaresma, en Sevilla, un Cirineo sostiene, doblado el cuerpo, esa Cruz de carey y plata, orgullo de nuestra Semana Santa, la segunda en valía de las allí expuestas, cruz que durante dos siglos abrazó por nuestras calles la figura de Cirineo de que os hablo, erguida, resuelta y asombrada de su excelsa misión.

CAPITULO VI

La FE, la ESPERANZA y la CARIDAD, son guías de la Cofradía.

Las tres Virtudes Teologales son manifestaciones diversas de una misma cosa: CONFORMIDAD DEL HOMBRE CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

En la FE es un CREER en que hay que conformarse con la voluntad de Dios. Irremediable creencia porque cada uno no es ser vivo por su voluntad, sino por la de Él; por lo que no creer en estar a su voluntad será no creer en Dios por soberbia; como aquel padre, asiduo devoto del Gran Poder del Señor, al que, diariamente, le pedía que no le quitase a su hijo muy enfermo. Murió el niño y fue, soberbio, a decirle al Señor: "YA NO VENGO MÁS. PARA VERNOS TENDRAS QUE IR A MI CASA". Pasa el tiempo y las Misiones hicieron el traslado de la Imagen del

Señor en pequeño paso, que, por la lluvia, hubo que refugiar en el local de una casa en tiempo que a ésta acudía uno de sus ocupantes: el padre que fue su devoto, quien al encontrar al Señor en su casa adonde le emplazó para verlo, sólo tuvo fuerzas para caer de rodillas en oración.

Sí, en oración, suplicándole, una y otra vez: "Señor, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", que es creer en estar a su voluntad; creencia que se robustecerá si, una y otra vez, le decimos con palabras de nuestro D. Adelardo López de Ayala:

Dame, Señor, la firme voluntad
compañera y sostén de la virtud;
la que sabe en el golfo hallar quietud
y en medio de las sombras claridad;
la que trueca en tesón la veleidad
y el ocio en paternal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud
y los torpes engaños en verdad.
Y así conseguirá mi corazón
que lo favores que a tu amor debí
te ofrezcan algún fruto en galardón,
y aún Tú, Señor, conseguirás así
que no llegue a romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí.

Pero, hermanos, no es creer en estar a su voluntad, ¡hay que decirlo! la creencia en las ciencias de los que se dicen iluminados por Dios, de las pitonisas, de los veores, de los adivinos, de los zahoríes, en suma, de los brujos. Ya lo dijo D. Luis Chamizo:

La bruja con su espejuelo
vos va deslumbrando a tós.
Al menos vosotros dos
debíais tener más creencias,
y ver que sobre las ciencias
de las brujas, está Dios.

En la ESPERANZA es un CREER en un contenido de la voluntad de Dios: Su Reino. Y se lo pedimos: "Venga a nosotros Tu Reino". Y acudimos a ÉL en nuestras tribulaciones terrenas, pidiéndole, como prometido, lo que estimamos, como un bien de su Reino, por nuestro.

También el poeta de Guareña, hijo adoptivo nuestro, ¡tan olvidado!, es quien nos muestra la creencia en un contenido, deseado, de la voluntad divina, al ponerla en labios del padre, en la nacencia sin comadre ni médico:

Señó : Tú que lo sabes
lo mucho que la quiero.
Tú que sabes qu'estamos bien casaos,
Señó, Tú qu'eres güeno ;
Tú que jaces que broten las simientes
qu'echamos en el suelo;
Tú que jaces que granen las espigas,
cuando llega su tiempo;
Tú que jaces que paran las ovejas,
sin comadres ni méicos...
¿por qué, Señó, se va a morí mi Juana,
con lo que yo la quiero,
siendo yo tan honráo
y siendo Tú tan güeno ?...

En la CARIDAD, en fin, es un CREER en honrar y servir, en una palabra, en santificar la voluntad de Dios. ¿Que cómo? Amando a Él mismo: "Santificado sea Tu Nombre, Señor", rogamos con insistencia; poniendo en práctica obras de misericordia con las que amar a los próximos. Pero, ¡cuidado!, que estas obras son tanto más preferentes cuantos más sacrificios nos imponen: y así dar el uno teniendo el ciento es caridad, pero la pérdida del uno no nos llega tan adentro como sufrir con paciencia las flaquezas de nuestro próximo. Pues ¿y perdonar las injurias? ¿Acaso no hace falta una caridad entrañable para ello? Buena prueba es que hace falta un alma noble para decirle a quien nos injuria:

No me quieres mirar, porque sospechas
que tengo de rencores llena el alma;
piensas que las injurias de aquel día
las tengo aquí guardadas.
¿Sabes tu cuánto dura lo que escriben
los niños en la playa?
¡Mírame bien! Las olas del olvido
también entran cantando por mi alma,
y al retirarse el mar, queda la arena
tersa, esponjosa, blanca,
para que escribas tú lo que quisieres...
¡ven sin miedo, a mi playa!

CAPITULO VII

SÍ, FE, ESPERANZA y CARIDAD son guías de la Cofradía.

Pero cabe resaltarlas en una u otra.

Y así, la FE, en la Cofradía del Amor (La Borriquita) y en la de la Humildad (la del Costalero); en aquella, limpias almas de niños cofrades envueltas en palmas y ramos de olivo, al cuidado de la Madre, a la que, con acierto, conocen como Madre de Dios de la Palma; en ésta, fortaleza espiritual precisa del costalero para sufrir paciente la pesadumbre de la trabajadera, paciencia y humildad que llevan, en sí, la Paz, nombre éste que advoca, por ello, a la Virgen de la Hermandad.

Y así, la ESPERANZA, en la Cofradía de la Cruz y en la de Nuestro Padre Jesús Nazareno; en aquella, culto a la Vera-Cruz, signo de esperanza de salvación, y Esperanza nombran sus cofrades a la Virgen; en ésta el peso del signo de esperanza de salvación: la Cruz, a costas del Salvador, motivo de aflicción que lleva a los cofrades a llamar de la Amargura a la Virgen.

Y así, la CARIDAD, en la Cofradía de las Tres Horas y en la de la Soledad y Santo Entierro; en aquella, Cristo Crucificado, oyendo la voz ardorosa de la caridad del ladrón: "ese no ha hecho mal alguno", en momentos de gran sufrimiento para la Madre de Dios, a la que los cofrades titulan: de los Dolores; en ésta, el Cuerpo Muerto de Jesús que, caritativamente, pide a Pilato, José de Arimatea, muerte que deja sin Hijo Único a la Virgen Madre, a la que los cofrades proclaman, con tristeza, de la Soledad.

CAPITULO VIII

Se ha dicho por quien ya no precisa de la fe al estar ya en la presencia de Dios, que la Semana Santa es la primavera de la fe... si la fe pudiera tener primavera puesto que es guía constante.

Es la primavera de la fe la Semana Santa, porque la procesión es la expresión de nuestra creencia, en un día del año en el que todo es perfume de la vegetación en flor.

Y es la procesión expresión de nuestra creencia desde el punto y hora en que nuestro estar conformes, esperar su contenido y santificar la voluntad de Dios-Hombre, nos lleva a reconsiderar, emotivamente, de vez en vez, mediante pública manifestación, las andaduras pasionales de ese Hombre-Dios de afanes redentores de nuestras conductas.

Pero si la Semana Santa es la primavera de la fe, según queda dicho, muy lastimosamente, la expresión de nuestra creencia mediante la procesión de los

Misterios Pasionales del Dios-Hijo, recibe acerbos críticas desde los campos más sorprendentes.

Desde algunos sectores eclesiásticos se ha pretendido utilizar el Concilio Vaticano II como arma arrojada contra las Cofradías. Se quería hacerlas pasar por un fenómeno tridentino, arcaico, reaccionario, folklórico, inútil e irreligioso.

¿Tridentino? Pero si uno de los puntos básicos del Concilio Vaticano II, a saber: la mayor participación de los laicos en la vida eclesiástica, era y es, precisamente, una de las características cofradieras.

¿Arcaico? ¿Muy antiguo? Pero si, como ya se ha expresado antes que, por nosotros, "las formas, lo que da ese carácter definidor a las cosas, a los pueblos y a los hombres, lo que no es cambiante, porque de serlo restaría personalidad; las formas, en suma, se atienen a unas líneas de permanencia, repito, de permanencia esencial".

¿Reaccionario? ¿Opuesto a la innovación? Pero si la Constitución sobre Sagrada Liturgia dispone que se mantenga firmemente la práctica de exponer Imágenes Sagradas.

¿Folklórico? ¿De puro divertimento popular sin manifestación de fe cristiana? Pero si la Cofradía sale a la calle y pone ante los ojos del incrédulo los Misterios Dolorosos de quien es Camino, Verdad y Vida.

¿Inútil? Pero si como ya nos dejó dicho nuestro primer Pregonero, el Doctor Osuna, él, por razones profesionales, fue testigo de excepción de cómo en ese momento, supremo y terrible, en que el alma, próxima a desprenderse de sus ligaduras corporales, se dispone a enfrentarse con la Eternidad inmediata y justiciera, es para muchos el recuerdo de esa Virgen angustiada, de ese Cristo agonizante cuyo paso contemplaron desde una esquina, a la que tal vez acudieron incluso movidos por una intención impura, el nexo único que les liga a la consideración de que tienen que prepararse para el paso definitivo y por ello, quizás, también motivo único, aunque premioso, de la salvación de un alma.

¿Irreligioso? Pero si, como es conocido de todos, de Despeñaperros para arriba puede resultar irreligioso, irreverente, el entusiasmo del Cofrade de esta tierra de María Santísima, por "su" Señor o por "su" Virgen, entusiasmo que explica y hace concebir los sacrificios que supone hasta la última de todas las Cofradías.

¿Os acordáis? -tiene que haber más de uno entre vosotros- de aquel huertano fervoroso de los "blancos" que a "su" Señor Sentado en la Peña lo tenía metido en el alma como "su baldaito"?

¿Irreverente esto? ¿Irreverente porque veía a "su" Señor en trance amarguísimo de abandono, sin vestidura, lleno de lesiones, tullido, baldado el

cuerpo y el ánimo, y... conmovido de ver a Cristo en su imagen de Humildad, con corona de espinas, cuando nos coronamos de rosas; sentado mansamente en una peña, con el codo apoyado en la rodilla y el rostro descansando en su diestra, cuando nos erguimos arrogantes y soberbios para aniquilar, no ya al enemigo, sino, con tal de figurar más entre los pomposos, al amigo propio; irreverente, repetimos, porque conmovido ante el baldamiento de "su" Señor, le hiciera suyo así "baldaíto", con diminutivo afectuosísimo de intención emotiva de lástima? Tenerlo de irreverencia es desconocernos a nosotros y a nuestra Semana Santa.

CAPITULO IX

Cuando sea Domingo de Ramos, contemplaremos la primera piedra puesta por nuestro actual párroco en la Semana Santa de Guadalcanal: el Amor en su entrada triunfal en Jerusalén, con la que -¡fijaos bien!- formó una Cofradía de niños, porque, acaso, con malicia de niño y juicio cabal -como San Pablo le dijo a los Corintios que fuesen- se le tiene encomendada nuestra dirección espiritual.

Sus feligreses sabernos:

- sus malicias de niño;
- sus juicios cabales cuando de Hermandades se trata.

Y así, sus enfados de niño terminan pidiendo perdón para su travesura maliciosa.

Y así, lejos de los clérigos que, con protestante y equívoca interpretación del Concilio Vaticano II, dan la espalda a la vigencia del valor expresivo de la imaginería pasionista, y no quieren culto público, y almacenan imágenes en cuarterones de desahogo de templos, el Párroco que hoy tenemos los guadalcanalenses, no sólo ha evitado la decadencia de nuestra Semana Mayor, sino que la ha remozado para el bien espiritual de muchos de nosotros.

Los Cofrades de Guadalcanal, Reverendo señor, le debemos nuestro apoyo.

Dejaremos atrás el lunes, el día en que el Señor vuelve a Betania; y transcurrirá el martes, en cuyos días alternan mujeres y hombres de este nuestro pueblo, sus rezos en las calles, rememorando el Vía Crucis del Señor.

Llegado que sea el miércoles veremos cómo, porque las trabajaderas de los pasos tullen y baldan y los baldados y tullidos no alardean de sus esfuerzos por humildes en su hacer, ha querido el Señor que la Imagen de su Humildad sea una HERMANDAD DE COSTALEROS quien la procesiones, y, por ello, ahí está la nueva de los Costaleros en nuestra Semana Mayor.

Y cuando pase el jueves habrá quedado impresa en nosotros la espalda azotada de Cristo que, en tiempos no muy lejanos, iluminaba la luz mortecina del atardecer colgada en la revuelta del Altozano Bazán.

Y llegará la Madrugada del Viernes en la que nos emocionaremos cuando, apenas sin descanso nuestro, se abran las puertas parroquiales y la aparición en ellas de Nuestro Padre Jesús Nazareno haga brotar rezos y lágrimas.

Y en el mismo Viernes Santo, bien entrada la mañana, habrá el blanco desfile cofradiero de nuestra Semana Grande con la clavada humanidad de Dios y el llanto desconsolado de "mi" Virgen, que es "mi" Madre de Dios de Guaditoca, de los Dolores, o de otra cualquier advocación.

Muchos de vosotros sabéis que fue el "todo se muda" quien llevó a "mi" Virgen de los Dolores al templo hoy caído de la Concepción.

Allí llegó su nueva Imagen, acabada la contienda, destruida que fue en ésta la antigua.

Y llegó allí con su paso de principio de siglo: pequeño; de palio de tela negra con menudas estrellas plateadas en el techo; de sólo tres varales en costado; y portado mediante guizques.

Le quise regalar y le regalé un paso grande.

Le quise regalar y le regalé un palio de brocatel con seis varales por banda.

Le quise regalar y le regalé una candelería pobre, pero... con más de cien velas, que en aquellas noches todavía oscuras de la posguerra sería un resplandor del cielo.

Más tarde sus cofrades rehacen paso y palio con orfebrerías, terciopelo y flores.

"Mi" Virgen de los Dolores, en su trono majestuoso, pasó calle arriba, y...

Mi Virgen iba llorando
y todo lloró con Ella;
lloró su aroma la flor,
y lloró su luz la cera;
lloró el palio su vaivén
de perfume de flor bella;
lloró la candelería
su labor de talla nueva;
y lloró triste la tarde,
y la torre muda y quieta,
y los ojos al mirarla,

y las manos que se elevan
y la lágrima que pide,
y la oración que le ruega,
¡Mi Virgen se fue llorando
y todo lloró con Ella!

Nuestro Viernes Santo termina con el Entierro Santo de Cristo en el que a los José de Arimatea y a los Nicodemus aquí en nuestro Guadalcanal los emulan esos hermanos conocidos, entre nosotros, como de la Hermandad de los "negros" por sus negras túnicas.

Cerrando el fúnebre cortejo va la Virgen en su Soledad. Sí. La Señora tuvo que verse muy sola luego que José de Arimatea hizo rodar una piedra grande a la puerta del sepulcro.

La Soledad, encaje y lienzo en la Cruz del Redentor, flor morena, y llorosa, de un jardín triste, abandonado y solitario. Así se nos ha dicho de Ella.

Por fin, en el Domingo, luego de la cruenta Redención, culminará nuestra Semana Mayor contemplándose en la calle la Resurrección Gloriosa. Porque Cristo no termina en su sepulcro donde queda sólo. La Redención no acaba con la muerte de Cristo. Por eso la Semana Santa debe terminar, y termina en la que es nuestra Semana Mayor, en la Resurrección con el paso del Resucitado en el Domingo de Gloria de su nombre.

La imagen la tenéis ahora en su reproducción, de melosa policromía, que es nuestro cartel anunciador de la Semana Grande guadalcanalense de este año del Señor de mil novecientos ochenta y siete, hecha en el mejor ambiente de nuestras calles blanquísimas, con fondo de lo que fue y no es Iglesia Parroquial de San Sebastián, en cuyo recinto se fundó en el siglo XVI nuestra Hermandad Nazarena y en la que radicó de siempre hasta la destrucción de sus Imágenes; siendo en esta Parroquial Iglesia en donde vuestro Pregonero de hoy asistía, cada domingo de su infancia, a la irrepetible catequesis mañanera "sansebastiana", luego que era la misa de diez, con la cantada invitación de las catequistas: "Vamos niños al Sagrario...".

CAPITULO X

Y ahora sí, hermanos cofrades de Guadalcanal, ahora vais a permitirme que me ponga mi túnica blanca para, más apartado así de lo que es el vivir de cada día, evocar cosas de nuestro ser cofradiero que, o fueron o son.

Allá no lejos en el tiempo, en un Viernes Santo de un cielo azul tan nuestro, cuando la madrugada ya había dado paso a la mañana primaveral y el sol

acariciante amortiguaba el vientecillo frío del amanecer, el compás lento de los redoblantes de la centuria inició la vuelta desde la calle de Granillos a la de Camacho en los comienzos de la de Espiritu Santo.

Rodeado de "alabarderos" hizo una parada el paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Desde una de las esquinas de aquel lugar, una mujer de avanzada edad miraba fijamente la cara del Señor, y, en tanto con las puntas de sus dedos arroyaba sus lágrimas, le habló a Él en voz muy baja: "Señor, son ya muchos mis años y aquí no te veré otra vez porque me tendrás contigo".

¡Buen canto de esperanza la de aquella anciana!

Dejó oír la voz del que espera. No le pide al Señor permanecer en la tierra, ¿para qué la quiere, si teniéndole con Él tendrá asegurado el cielo?

.....

Es de recordar que el cortejo procesional de cada día Santo atravesaba los templos de San Sebastián, de Santa Ana y de la Concepción si el itinerario le llevaba a discurrir por sus proximidades.

Igualmente, las procesiones bajaron -para subir luego- hasta el Convento de las monjas clarisas y, aún exclaustradas éstas en el siglo pasado, continuaron bajando y subiendo la calle Santa Clara hasta tiempo muy reciente.

En cada uno de los recintos sagrados, estaba el Señor en el Monumento esperando el desfile ante Él.

Un día aciago malos vientos les trajeron la triste nueva de que ya las Cofradías no pisarían sus suelos.

No ha habido que inutilizarlos. Ellos por sí solo, se destruyen, se hacen inservibles porque les ha desaparecido lo único que al paso de los años les fue quedando: esperar el paso por sus naves de los Misterios Dolorosos del Señor.

.....

Pero en todo caso advierte
que lo trates con amor.

No ha mucho, con estos dos versos terminábamos resaltando el amor puro de una juventud animosa, creyente, de entre nosotros, presta a acompañar al Dios Humilde, Paciente,

- que Paciente, Humilde recibe bofetadas y salivazos;
- que Humilde, Paciente sufre abandono y escarnio;
- que Paciente, Humilde sobrellevó el alejamiento de su Imagen Humilde, Paciente en los desfiles procesionales de nuestra Semana Mayor.

Más, ahí está en ella con nuevo esplendor. Rojos claveles amorosos a sus plantas. Hachones amarillentos que, temblorosamente, iluminan su Rostro.

Y ello por la acogida emotiva de jóvenes costaleros que la llevan en su paso más bien que con sus hombros con el corazón, en ciega obediencia a lo que es norma de capataz:

No hagas al Señor correr.
Si va vivo, que el dolor
no le dé, andando, la muerte.
Pero en todo caso
advierte que lo trates con amor.

.....

Fue en mañana de niebla y sol en lucha, ocultando y descubriendo por vez, a distancia, al Señor con la Cruz, cuando este Pregonero, al cuidado, entonces, de su madre, nace a la Semana Santa, pero a la Semana Santa nuestra; quiero decir a esta espléndida Semana Santa en la que hallé gozoso el anhelado estreno de penitente de luz, cuando todavía eran iguales, casi, mi altura y la del cirio infantil.

.....

En verdad que las Cofradías en nuestro pueblo bellísimo, son cotos familiares y que gracias a que lo fueron y a que lo son, han llegado a nosotros y perdurarán en lo futuro.

Pero también es verdad que en el discurrir de los tiempos, una de ellas, la de los "blancos", ha sido la de mayores estrecheces. Hubo más de una ocasión en la que la salida procesional de sus Imágenes lo conseguía el esfuerzo de obtener para ello limosnas; sí, limosnas, o sea, lo que se da a los pobres por caridad. Ante cualquier solicitud de donativo llegó a ser proverbial en nuestro decir popular guadalcanaleño la frase: "pides más que la Hermandad de los blancos".

Burlas de unos, menosprecio de otros hubo a la pobreza solemne de la "blanca" Hermandad. Ocasión de oro para imitar a Cristo en la Cruz, titular de la Cofradía.

Propósito terriblemente grandioso.

¡Después de toda especie de sinrazones, no le queda a Cristo sino; ¡morir! ¡De un momento a otro va a exhalar su último suspiro!

Es entonces cuando despliega sus labios para contestar a tantas y tan grandes ofensas inicuas como ha venido y continúa recibiendo. Hasta aquí, los atroces desmanes de que ha sido víctima inocente, los ha ido acumulando uno tras otro sin ninguna queja, sin ningún reproche, con divina pasividad. ¡Ya no! ¡Ya va a

responder a todo el mal que le han causado! Para ello va a hablar por vez primera desde que está en la cruz.

Apenas si tenía que esforzarse para ver a sus verdugos, porque desde el madero en el que habían crucificado su inocencia, le bastaba con extender su mirada de uno a otro lado para verlos allí.

Los ve a todos y no lanza ni tan siquiera una sola palabra de protesta. Levanta la cabeza hasta donde se lo permite el leño en el que tiene apoyada la espalda y esos mismos ojos que desde la cruz, como desde una atalaya, divisan clara y distintamente a toda aquella muchedumbre infame, esos mismos ojos los eleva a su Padre celestial para decirle con palabra impregnada de la sangre que mana de su rostro y llenas de una infinita ternura: PADRE, PERDONALES, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.

Verdaderamente no lo saben. Porque ciegos, perdidos los ojos del alma, no ven sino el relampaguear de sus pasiones; y fuera de ese relampaguear, oscuridad profunda. Si están ciegos ¿cómo han de ver? ¡Perdónalos, Padre! ábreles los ojos del alma para que sepan lo que hacen y entonces se arrepentirán.

Clavado Él en la cruz de la redención, le humillan; pero no por ello deja de perdonar; no sólo perdonar, sino también excusarlos.

Por eso, colgada la Hermandad de la cruz de escaseces rayadas con la miseria, hay que perdonar las humillaciones, y las burlas; y no sólo perdonar, sino excusarlas: no saben lo que hacen.

Tiene nuestro pueblo su mejor veedor en ese pino solitario de la Sierra del Viento, en su parte de la Utrera.

Goza el árbol de preeminente balcón.

Lo ha dicho, poéticamente, no ha mucho, un paisano nuestro que está entre nosotros, en esta bien construida estrofa:

¿Qué mano fue la que con tanto atino
te puso en mirador tan placentero,
que fueras con el tiempo, siendo pino,
historia por los siglos venideros?

Sí. A su altura en la sierra, sabe nuestras cosas.

Sabe cómo fue el desfile de la Oración en el Huerto de los Olivos.

Sabe cómo era el del Prendimiento.

Aquél, como éste, fueron desfiles sin nazarenos.

Salía aquél ya entrada algo la noche del Miércoles Santo, una vez acabados los Oficios, en los que, según la liturgia de entonces, había las Tinieblas, cuyos ruidos eran gozos de la chiquillería asistente.

En un paso de los aquel tiempo, el Señor, de rodillas, llevaba su mirada fija en el cáliz que, entre ramas de un olivo, sostenía un Ángel.

Salía el Prendimiento tan luego terminaba la Misa "in cena Domini", el jueves Santo. El sol primaveral de su mañana -¡recuérdelo quien lo vio!- se nos reflejaba centelleante en los bordados de oro de esa túnica carmesí -joya impresionante condenada hoy a las arcas- con la que caminaba el Señor en su Prendimiento.

Uno y otro desfile, aún sin nazarenos, como de suyo lo eran, llenarían, devotamente, nuestros lunes y Martes Santos. Y esto con bien poco esfuerzo, toda vez que el Misterio del Prendimiento existe, como existe en el oratorio de la finca San Miguel de la Breña, el Ángel que siempre procesionó en la Oración del Huerto. Y tener de nuevo Imagen de vestir de Cristo Orando no sería algo inalcanzable.

El árbol solitario, nuestro veedor, se llenaría de gratos recuerdos contemplando en nuestras calles, una vez más, esos dos desaparecidos Misterios.

Desde que se constituyen en hermanos poco tarda nuestra Semana Santa en tener un costalero ejemplar.

En plena explosión de su juventud tiene que sufrir la amputación de una de sus piernas de zagal, con toda la dificultad que ello conlleva. Pero en el terrible momento de tribulación cercano al cercenamiento, su mayor amargura no fue otra que no poder ya soportar el peso de la trabajadera; el no poder ya servir a Dios con sus fuerzas mozas; no poder ya gozar de ese su servicio a lo divino.

Sabía de sus muchas limitaciones a partir de entonces, pero ninguna le llegó tan a lo vivo como la de verse privado de ser costalero.

Había gustado la ilusión de ofrecer su adolescencia, una y otra vez, en lo que es sacrificio corporal exponente de su fe en Cristo y en María Santísima. Y ya no. Ya iba a estar privado de esa gozosa ilusión. Y fue tanta su pena que se olvidó, por completo, de las otras no pocas imposibilidades a donde había llegado. A nosotros, cofrades de Guadalcanal, nos honra el tener un costalero así.

.....

En nuestra Revista local, un familiar de quien os habla, recordó que entre nuestras piadosas tradiciones ocupó lugar destacado el traslado en la tarde del Domingo de Ramos de las Imágenes del Señor Sentado en la Peña y de la Virgen de los Dolores, desde el antiguo templo de San Benito a la Iglesia Parroquial de Santa María, para su estación de penitencia y para ultimar la Semana Mayor con el

retorno del Señor y de la Dolorosa a su Iglesia de San Benito, el alegre Domingo de Resurrección.

Sabemos de la desamortización eclesial que dificulta la vuelta a esta hermosísima tradición, pero aún estaría por ver si su actual propiedad no permitiría, aunque sólo fuese la Imagen del Señor ocupando el altar mayor del recinto sagrado que fue, lo que posibilitaría el resurgir de una más de nuestras tradiciones perdidas.

Porque este traslado de imágenes fue, como se ha recordado, la primicia de nuestra Semana Mayor, la hemos relegado por ello al último ser cofradiero nuestro rememorado ahora. Con este dejar atrás quiere el Pregonero quedar en vuestros labios el amargor de lo que se nos fue.

Por bonita la hicieron suya los hermanos de las Aguas, Virgen Santísima de los Dolores, humilde, pobre... Virgen clemente y dolorosa, de San Benito que fue; Madre, en suma, tal como tú la soñabas y tal como la ves, ENRIQUE, rodeada de Ángeles en el palio esplendoroso del Cielo.

CAPITULO XI

Termino.

Voy a terminar con una plegaria a mi Dios no como quiera, no haciendo milagros en la tierra, no reinando glorioso en el cielo, sino, como dice el Apóstol San Pablo, "et hunc crucifixum", a mi Dios crucificado, en Imagen a mi Cristo de las Aguas:

Delante de la cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando,
y sin ellos quererlo estén llorando,
porque pecaron mucho y están fríos.
Y estos labios que dicen mis desvíos,
quédenseme, Señor, así cantando,
y sin ellos quererlo estén rezando,
porque pecaron mucho y son impíos.
Y así con la mirada en Vos prendida,
y así con la palabra prisionera,
como la carne a vuestra cruz asida,
quédese me, Señor, el alma entera;
y así clavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así cuando queráis me muera.

CAPITULO XII

Hecha ya mi plegaria no queda otra cosa sino decirle a mi Pregón, imitando al capataz en su orden a los costaleros:

¡Ahí queó!

Pedro Porras Ibáñez

.